

## La cultura ibérica ayer y hoy

*Carmen Aranegui Gascó*

---

Arbor CLXI, 635-636 (Noviembre-Diciembre 1998), 345-364 pp.

*La autora de este artículo aborda la historiografía de la cultura ibérica desde la falta de una reflexión teórica en los planteamientos de los estudios. En la etapa comprendida entre los treinta y los setenta la ideología suplió esa carencia; a partir de los setenta, la metodología de análisis se moderniza a la vez que cambian los objetivos del conocimiento: factores medioambientales e ideológicos sirven para situar la cultura ibérica entre las sociedades avanzadas de su tiempo.*

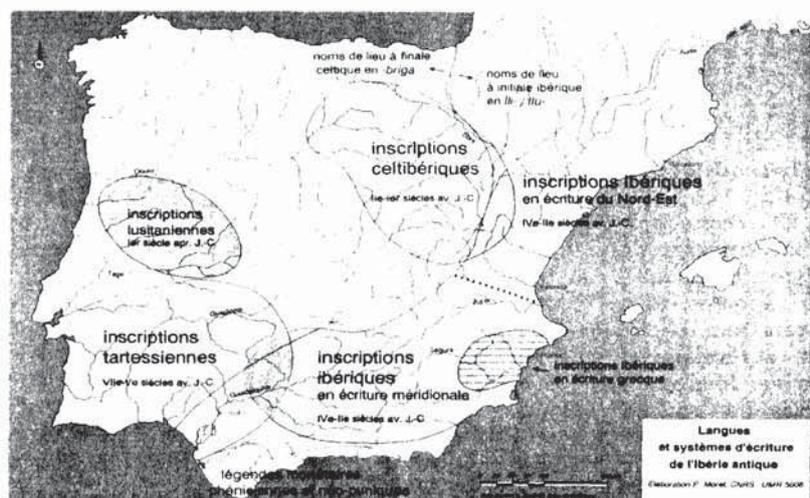
---

### 1. Introducción

El reconocimiento del hecho cultural ibérico no puede desligarse de las circunstancias que han marcado su historiografía, salpicada de vaivenes, iniciada hace un siglo. Pese al consenso sobre muchos de sus aspectos, subyace aún, por ejemplo, la discrepancia acerca de si el término iberos designa a todos los habitantes de la península, o bien a una parte de ellos, predominando, o no, el sentido geográfico que se desprende de Estrabón (3, 4, 19) sobre el etnológico de los textos más antiguos que distinguen Iberia de Tartessos (Hecateo —frag, 38-52—, Herodoto —1, 163—) y se acomodan a una cierta pluralidad cultural aborígen. En 1961 Tovar presentó un mapa en el que aparecían las áreas lingüísticas prelatinas peninsulares que, a su vez, revelaba la concentración de textos no indoeuropeos desde el sur de España y

toda su vertiente mediterránea hasta el Languedoc (fig. 1), sirviendo ese documento para ilustrar la vigencia de un área ibérica, junto a otras, de acuerdo no sólo con la investigación filológica sino también con la arqueológica que revelaba determinadas presencias de importaciones, utensilios y espacios constructivos característicos en esa misma área. Sin embargo, no ha dejado de cuestionarse la validez de esa pluralidad, a veces con motivo de determinados hallazgos cuyas tipologías indican otra adscripción cultural (Lenerz de Wilde, 1986, 273-280); a veces, desestimando las isoglosas de Tovar y reduciendo la explicación de la difusión de la lengua al carácter comercial de muchos textos y su consiguiente desplazamiento de un lugar a otro (Hoz, 1993, 11-44)<sup>1</sup> y, finalmente, aduciendo un antiguo sustrato étnico indoeuropeo —decir céltico sería inadmisibile para los arqueólogos del resto de Europa, pero ¿qué quiere decir indoeuropeo en arqueología? (Renfrew, 1990)— más o menos generalizado en la península, supuestamente latente en la ideología posterior de época ibérica (Almagro-Gorbea, 1997, 115)<sup>2</sup>. Con ello quiero indicar que aquel viejo debate acerca de pueblo, lengua y cultura, o acerca de la unidad (Martínez Santa-Olalla, 1941) o plu-

FIGURA 1. Distribución de los epígrafes prelatinos de la Península Ibérica, según P. Moret, 1997



alidad cultural de los pueblos prerromanos de España (Bosch, 1937), o sobre la pertinencia de calificar de ibérico sólo el bagaje material y no todo un sistema cultural, o, incluso, la eliminación del etnónimo sustituyéndolo por «la España primitiva» (París, 1903-1904) o por hispánico *avant la lettre* (Gómez Moreno, 1925; Cabré, 1934, 207; Nieto, 1939 a 1948), está aún presente en la arqueología ibérica contemporánea, aunque sin la crispación que llevó a Fletcher a escribir aquel artículo titulado *¿Existieron los iberos?* (1951, 119), sino como efecto, principalmente, de los sesgos del método comparativo que cada autor elige, en el caso de construir sus conclusiones por esa vía. Asumir esto ayuda a comprender otras actitudes respecto a lo que el estudioso pregunta, en este caso, al pasado.

Y es que resulta imposible separar la ideología de la interpretación histórica y, todavía más, cuando se trata de una cuestión, como la de los iberos, que reviste la categoría de seña de identidad (aunque sólo sea, entre los intelectuales, para la minoría especializada en el tema). Hay que reconocer que los iberos y su cultura quedaron al margen de la esencia de lo español para casi todos los pensadores —Ortega y Gasset, Sánchez Albornoz, Américo Castro— que, entre el 98 y los años cincuenta, se esforzaron en hallar sus raíces, para lo cual apuntaron hacia Roma, hacia la Edad Media o hacia los Reyes Católicos, sin ir más lejos (Cortadella, 1988, 17-25), si bien no hay que ignorar la significación de la presencia de los pueblos ibéricos (Bosch, 1915; 1932) o de su eliminación (Almagro, 1958) en obras de síntesis, en relación con la manera de pensar de autores menos conocidos pero especialmente versados en la arqueología de España. El prólogo del primer volumen de la *Historia de España* de Menéndez Pidal (vol I, 1, 1952-1954, LXVIII) deja ver la ideologización proyectada hacia los orígenes de la nación y la descalificación inapropiada de Bosch Gimpera por disentir de la ortodoxia unitarista de aquellos años, aunque, sin embargo, el contenido de esa obra informa equilibradamente de cada uno de los pueblos de la España prerromana sin responder muchos de sus autores a lo que dice la introducción.

Con estas características se entenderá el poco espacio que ocupa en nuestra bibliografía la teoría para abordar el conocimiento de la protohistoria en general y de la cultura ibérica en particular hasta los años setenta. Con un apoyo escaso en la filología clásica (Schulten, 1959; Bosch, 1932) y sin apenas proyectos académicos para llevar a cabo *corpora*, inventarios o catalogaciones de piezas (Cabré, 1944; Ballester y otros, 1954), la arqueología ibérica tuvo una larga infancia poblada de descubrimientos excepcionales, mal abordados por la in-

vestigación (Rada, 1875) hasta el punto de provocar dudas acerca de su autenticidad, siguió titubeante en el establecimiento de su origen y cronología, incomprensiblemente rebajada hasta la Roma imperial por una de las voces más acreditadas en su momento (García y Bellido, 1943, 272-299; v. Ruiz y Molinos, 1993, 20), y se refugió en algunas instituciones —el Institut d'Estudis Catalans a principios de siglo, el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia a partir de 1927, los Congresos Arqueológicos del Sudeste convocados por A. Beltrán entre 1946 y 1950— que priorizaron la arqueología de campo y el tratamiento descriptivo sistemático de los hallazgos sobre el planteamientos teóricos. Algo del positivismo puede entreverse en el recurso al paralelismo como argumento de atribución cultural de determinadas piezas (Cabré, 1924, 71- 96 ; Fletcher, 1952-1953, 1-10) o de determinados vocablos (Fletcher, 1953), en el sentido de dejar a las evidencias hablar por sí mismas. También la ordenación por regiones atribuibles a las tribus ibéricas, siguiendo la línea marcada por Bosch (1915), introduce un método de valoración de la geografía propio del positivismo (Arribas, 1965; Llobregat, 1972), pero sólo muy puntualmente y sin grandes declaraciones de principios afloran, entre los sesenta y los setenta, por una parte, una crítica al difusionismo en favor de explicaciones de procesos complejos de larga duración como causa del fenómeno ibérico (Maluquer, 1965) y, por otra, una concepción de la arqueología ibérica como ciencia social abordable desde el estudio de su economía y de su arte (Tarradell, 1968; 1968b; 1982).

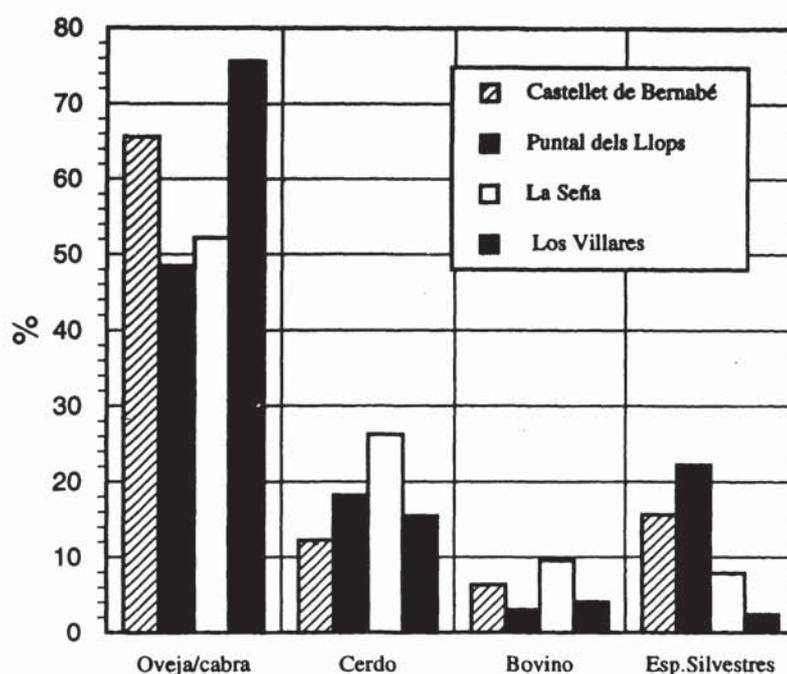
## **2. Teoría y práctica de 1970 en adelante**

A la vez que la universidad española recupera su apertura hacia el resto de Europa y hacia América con el desarrollismo de los setenta, aparecen trabajos arqueológicos en cuyos planteamientos se percibe una finalidad distinta de la fase anterior y una metodología compartida con la de quienes, en el extranjero, estudian problemas similares. La datación por los contextos cerámicos fenicios, áticos o campanienses podría ser un primer ejemplo de ello. Pero, en esta época, la investigación progresista busca alternativas para salir de una tradición académica cuya lacra principal es haberse quedado anticuada en su inductivismo, descriptivismo y discurso analógico, de modo que inicia una búsqueda a través de vías desatendidas en las aulas, sin magisterio, sin orientación bibliográfica que, hasta cierto punto, explica los resultados obtenidos.

2.1. *La New Archaeology. La modernización metodológica de la arqueología ibérica*

La atención a la economía parecía la vía más adecuada para unir la arqueología a las ciencias sociales desde finales de los sesenta, según paradigmas que, por una parte, conectaban con la escuela italiana (Carandini), con una vinculación teórica con el materialismo histórico, y, por otra, con análisis económicos puestos a punto para la prehistoria por Clarke y su equipo de la Universidad de Cambridge, vinculados al neopositivismo antimarxista. Sus *Papers in Economic Prehistory* (Higgs, 1972) despertaron la primera atención hacia la experimentación tecnológica y medioambiental incluso antes de la difusión en España de la *New Archaeology* (NA), cuando aparatosos ingenios mecánicos se trasladaban a la excavación para rescatar restos macrobotánicos por flotación y la fauna empezaba a constituir un apartado de obligado tratamiento en los informes arqueológicos (fig. 2). Téngase en cuenta que hay un desfase de hasta 12 años para la traducción al castellano de los textos programáticos de la NA, como son la *Arqueología analítica* (Clarke, 1968 1.ª ed., 1984 en castellano); *En busca del pasado* (Binford, 1983 1.ª ed., 1988 en castellano), o bien *Interpretación en arqueología*.

FIGURA 2. Cuadro con los hallazgos de fauna



*Corrientes actuales* (Hodder, 1986 1.<sup>a</sup> ed., 1988 en castellano), de manera que estas obras se divulgan entre nosotros cuando ya han merecido críticas incluso por parte de quienes primero las asumieron en España (Cerrillo, 1988; Anfruns, Dueñas y Llobet, 1988).

La aplicación a la arqueología de modelos geográficos (figs. 3 y 4) con el fin de mostrar la jerarquización de los patrones poblacionales (Bernabeu, Bonet y Mata, 1987, 137-156) o, tomando el espacio en su vertiente simbólica (fig. 5), de la sociedad (Ruiz, Rísquez y Hornos, 1992, 397-430), en muchos casos, produce una combinación de sistemas de valores materialistas con métodos de análisis neopositivistas, como bien se aprecia en la serie *Arqueología Espacial*, promovida desde 1984 por F. Burillo. En su primer volumen aparece, como artículo introductorio, un trabajo de Hodder sobre análisis espacial de yacimientos arqueológicos y, a continuación, otros que, reiteradamente, reclaman la solución de aspectos sociales que la aplicación de dicha analítica no resuelve satisfactoriamente (Fernández y Ruiz, o Alonso, en ese mismo volumen). Es un claro ejemplo de cómo entró en España la NA, a través de una generación de arqueólogos que se identificó

FIGURA 3. Modelo de poblamiento del Camp de Túria, según Bernabeu, Bonet y Mata, 1987

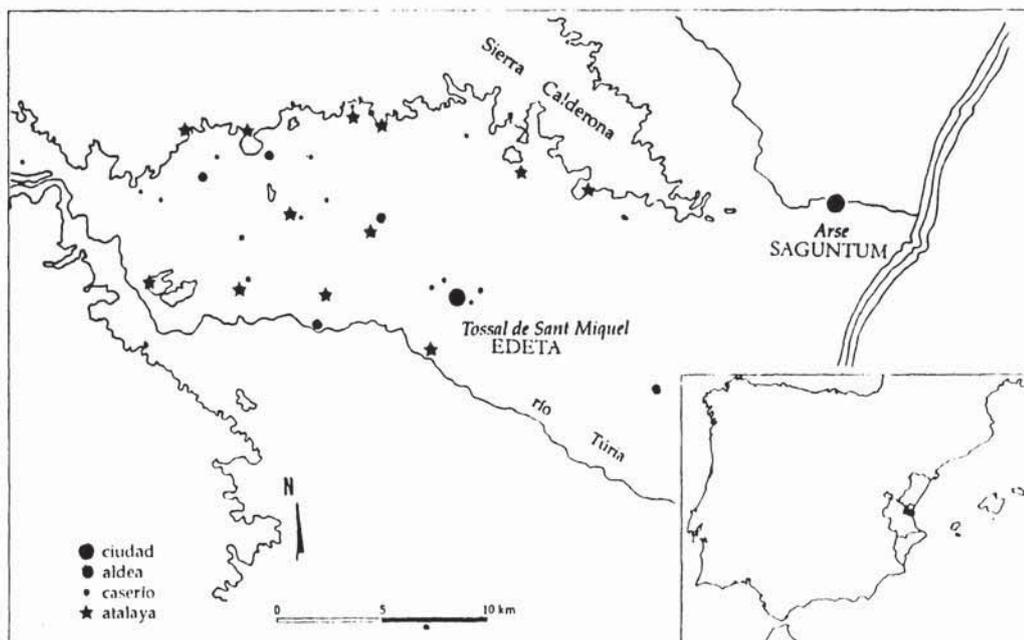
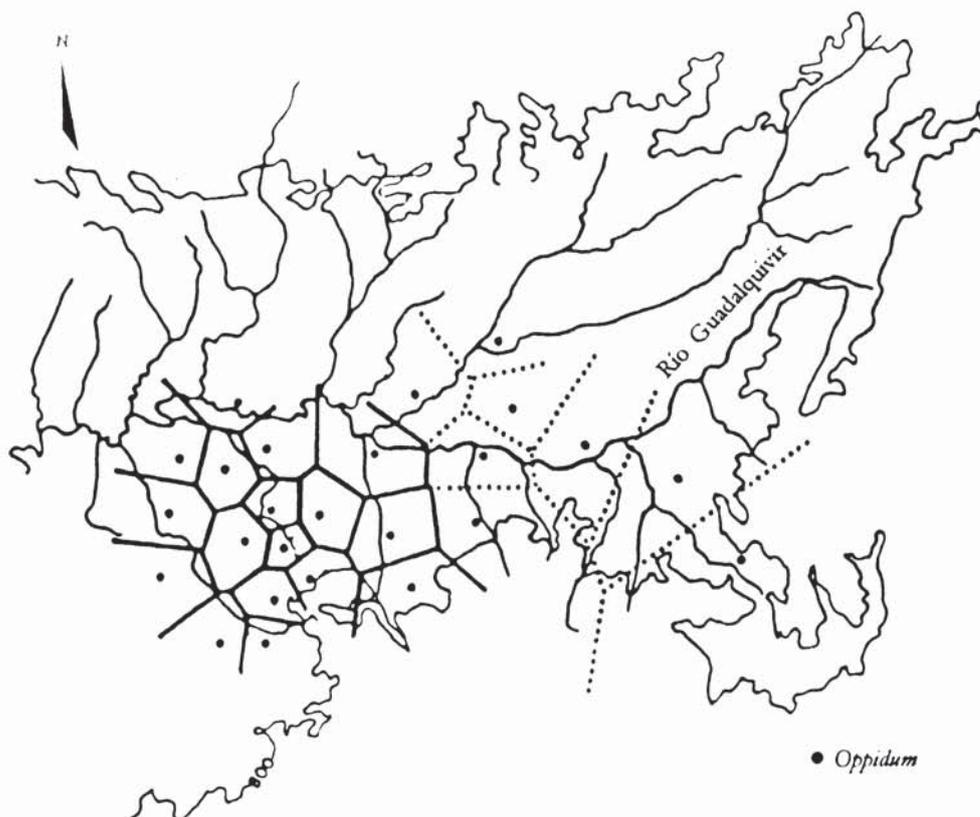


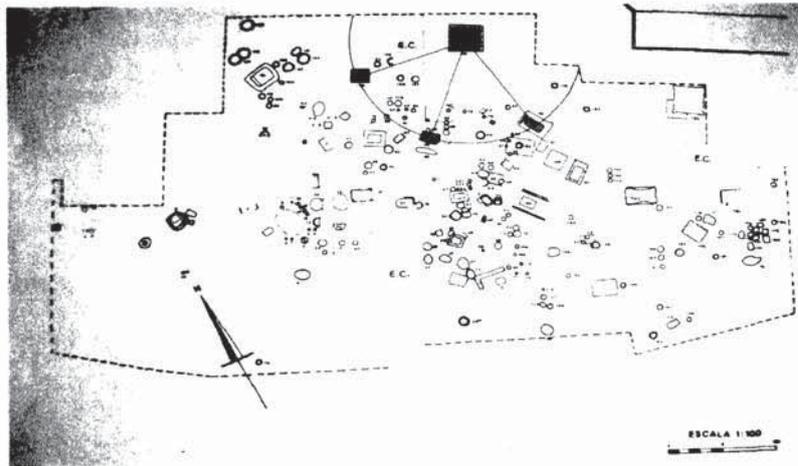
FIGURA 4. Modelo de poblamiento



con la construcción de modelos y técnicas de análisis territorial sin asumir la línea ideológica implícita en la NA. Esto, evidentemente, dió lugar a más de una contradicción porque la mirada hacia la *praxis* anglosajona tiene una traducción metodológica relativamente sencilla pero su aplicación a la arqueología ibérica se ha ido realizando al margen del sistema de valores neoconservadores y reaccionarios en que se sustenta (Ruiz, Chapa y Ruiz, 1988, 11-17; especialmente, Vicent, 1990, 102-107).

De este modo, los modelos de poblamiento establecidos para el Camp de Túria (Bernabeu, Bonet y Mata, cit.) y para la Campiña de Jaén (Ruiz, 1988, 157-182), así como la aplicación de los polígonos de Thiessen, o la consideración del *site catchment analysis*, promovieron una determinada manera de ver la cultura ibérica que ha supuesto una mejora de la base documental de algunos de sus territorios, como puede seguirse en la serie *Arqueología Espacial* citada.

FIGURA 5. *Relación espacio-jerárquica de las tumbas del Cerro del Santuario de Baza, según Ruiz, Risquez y Hornos, 1992*



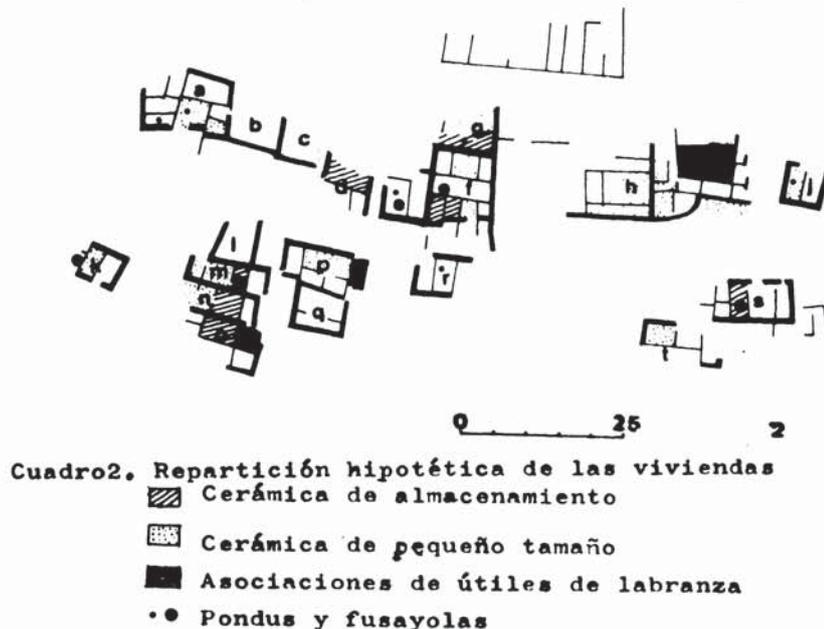
En la actualidad el estudio del territorio y del paisaje se considera imprescindible para abordar la cultura ibérica en el marco de la pluralidad de tendencias propia de la etapa postprocesual y con el fin de superar aquello que la NA no había podido vertebrar. De este modo se pretende construir históricamente el paisaje buscando «interacciones dialécticas entre fenómenos naturales y sociales, (motivo en arqueología) de un debate de fin de siglo» (Picazo, e.p.).

## 2.2. *Economía y sociedad*

Cuando tratamos de ver qué teorías fueron sustituidas por la NA en el campo que nos ocupa, descubrimos un panorama muy opaco —por no decir confuso— en el que falta la repercusión del debate entre primitivistas y modernistas suscitado por Finley y otros, man-

teniendo que la antigüedad es un mundo en sí, separado de las demás épocas históricas y, por tanto, ajeno a los análisis económicos modernos (Finley, 1973); o el concepto, completamente distinto, de *économie monde* de Braudel (1966; 1977), cuyas nociones de contigüidad, de larga duración y de integración mediterránea a partir del siglo VI a.C. atrajeron hacia la escuela de los *Annales* no sólo a los estudiosos de la historia moderna sino también de la protohistoria (Brun y Chaume, 1997), a pesar de las críticas que, también, suscitaron (Plecket, 1973, 6-47). Tampoco puede decirse que la visión histórica de Vicens Vives (Riquer, 1994, 141-155) tuviera algo más que un lejano eco en los planteamientos de la investigación arqueológica en España. En consecuencia hay que admitir que, hasta hace pocos años, los estudios económico-sociales sobre los iberos no contaban con más herramientas conceptuales innovadoras que las derivadas de las sociedades precapitalistas y de los modos de producción, en sus enunciados dialécticos de recursos, tecnología, acumulación y desigualdad, relacionados a partir de la cuantificación del registro por una estricta minoría de arqueólogos (fig. 6) (Pla, 1969, 306-337; Santos, 1986, 339-348). Por eso, como dijo Sanahuja, aunque el marxismo ha muerto, no es posible negar el papel jugado por el materialismo histórico como teoría científica para el conocimiento de las relaciones sociales incluso en la prehistoria (en Anfruns, Dueñas y Llobet, 1988, 103-110).

FIGURA 6. Distribución de la riqueza en La Bastida (Mogente), según Santos, 1986



Pero la crisis que atraviesa el conocimiento histórico (Chartier, 1994) ha puesto de manifiesto que el problema reside en que la idea de lo real que se desprende del materialismo es demasiado limitada, por lo que, en los momentos actuales, hay un interés por parte de algunos arqueólogos por la etnología (AAVV, 1995), que ha servido para resituar el concepto de evolución tecnológica en la antigüedad frente al estancamiento propiciado por la perspectiva de los modos de producción (Amouretti, 1995), de la misma manera que interesa el punto de vista de la antropología para apreciar otras maneras de producir relaciones sociales. La antropología revela el solapamiento en una cultura de las prácticas ordinarias y de aquéllas separadas de lo cotidiano, o, si se prefiere, de lo cuantitativo y lo cualitativo en sentido antropológico, o bien, de lo material y lo ideal, en palabras de Godelier (1984). Por estas vías discurren las investigaciones ibéricas más innovadoras (Aranegui, 1998).

### **3. El interés por la cultura artística**

Revisar la seriación y el comparatismo en materia de arte ha permitido, finalmente, descubrir la cultura artística de los iberos como tal (Chapa, 1985). Teniendo en cuenta que el incremento de las excavaciones entre los años setenta y noventa produjo la multiplicación de hallazgos artísticos, esta nueva actitud hacia el arte reviste singular importancia. Todavía publicaciones muy recientes presentan la solución a los hallazgos artísticos ibéricos ya sea por analogía con tipos existentes en otras civilizaciones y, por lo tanto, periféricos dentro del fenómeno colonial, como ha sucedido, especialmente, con esfinges, grifos y personajes alados (Picard, 1923, 224-229; Kukhan, 1962, 82-84; Blázquez, 1997, 79-95), o bien mediante la actuación de artistas extranjeros en medio ibérico. Pozo Moro (Almagro-Gorbea, 1983, 229-287) o El Cerrillo Blanco de Porcuna (Blázquez y González Navarrete, 1985, 61-69; Ne-gueruela, 1990) han promovido, reiteradamente, esta explicación. Lo decisivo en esta óptica sería, pues, demostrar que el tipo ha sido introducido entre los iberos a partir de la circulación de objetos exóticos, mayores o menores, incorporando, a continuación, una iconografía ibérica, o que ha habido un desplazamiento de artesanos hacia Iberia los cuales, al servicio de las minorías locales, producen las obras pertinentes, como un arte colonial (Almagro-Gorbea, 1992, 329-356).

De este modo se entendía, en otros tiempos, por ejemplo, la Dama de Elche, «hecha por una mano griega, concretamente jonia» (Reinach, 1898, 36-60), o bien, más novelescamente, obra de un meteco focense

establecido en tierras bárbaras, «hijo extraviado de la Jonia vencida», como dijo Camille Jullian (1903, 111, v. Rouillard, 1997, 93-99). En el fondo es la misma idea que enunciaron Carpenter (1925), Langlotz (1975) o, recientemente, para Pozo Moro y mirando hacia oriente, Almagro-Gorbea, apoyada en la importación de artistas. En el caso concreto del Cerrillo Blanco, muy recientemente Rolley (1994, 267) opta por una solución parecida, contra la que se ha manifestado tajantemente Croissant (1996, 384-385).

Pero el análisis pormenorizado de las piezas artísticas ha dado lugar a otra percepción de la cuestión puesto que, para especialistas acreditados, la autoría o técnica de elaboración del arte ibérico no soporta su atribución a escuelas orientales, griegas o magnogriegas (Croissant, cit.; León, 1997, 156-169) precisamente por cómo está trabajada la escultura, poniéndose de manifiesto que una de las características básicas del primer arte figurativo ibérico reside en su falta de tradición, en su ausencia de oficio, en su impericia, lo que no es imputable al artesanado de otros círculos mediterráneos.

Pero no cabe duda de que las formas adoptadas por los iberos pertenecen en buena medida al mundo mediterráneo que desde la colonización fenicia fue impregnando la cultura peninsular la cual, en consecuencia, dispone de recursos estéticos de los que echar mano a la hora de constituir su particular léxico artístico, reinventado para manifestar la autoafirmación ibérica frente a los colonizadores.

En esa adaptación, no se produce un sometimiento al tipo ni al «estilo de época» en la perspectiva del arte clásico, sino que se da un eclecticismo que combina rasgos y soluciones al margen de su adscripción original, de donde se deduce la imposibilidad de fechar la escultura ibérica mediante criterios estilísticos clásicos (fig. 7) (Trillmich, 1975, 208-245). Es evidente que hay tocados, detalles y soluciones puntuales compartidas con la escultura clásica, aunque están sacadas de ese contexto y son ajenas a su evolución. Los modelos quedan demasiado lejos como para constituir la pauta de apreciación del arte ibérico que, por ejemplo en Porcuna, reúne en un hipotético mismo programa decorativo versiones de figuras fantásticas —grifos— dispares en su caracterización. El jinete desmontado de Porcuna y la estela de Dexileos (figs. 8 y 9), podrían constituir otra muestra de la distancia que separa la ejecución de un tema que, sin embargo, es compartido.

Ya hace muchos años que quedó superada la filiación griega de la pintura ibérica sobre cerámica. Hoy se aprecia aquella lectura mantenida obstinadamente por Bosch (1915) como apriorística y carente de apoyo documental (figs. 10 y 11), de modo que ningún investigador

FIGURA 7. Cabeza de Verdolay con peinado griego y labra ibérica del s. IV



reclama tal filiación. Con respecto a la escultura, se afianza cada vez más la distancia entre modelos extranjeros y obras ibéricas. Ello confiere un mayor papel a la identidad artística mediterránea que, en razón de su apertura y comunicación, da lugar a la utilización común de determinadas imágenes durante el primer milenio a.C., cuando en algunas áreas el desarrollo social alcanza niveles complejos. Aparecen entonces talleres que resuelven la monumentalización, por ejemplo, de una tumba ibérica poniendo en práctica nociones adquiridas que se adaptan en cada caso (fig. 12) para construir un lenguaje apropiado a la sociedad a la que sirven, ibérica en nuestro caso. No son versiones textuales del referente sino reelaboraciones del mismo. Sólo en el proceso de romanización el arte ibérico dejará muy claro cuáles son sus prototipos a pesar de la distancia técnica y estética entre éstos y las obras realizadas (fig. 13).

FIGURA 8. *Jinete desmontado de Porcuna. Primera mitad del s. V*



FIGURA 9. *Estela de Dexileos. Inicio del s. IV*



FIGURA 10. *Decoración de peces en plato ático del estilo de figuras rojas del s. IV*



FIGURA 11. *Decoración de peces en plato ibérico de La Hoya de Santa Ana, Museo de Albacete. Hacia el final del s. II*

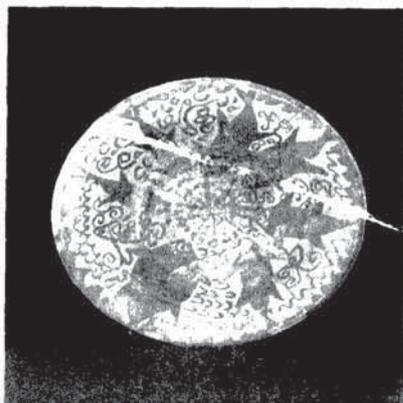


FIGURA 12. *Pilar - estela de Monforte del Cid. S. V. Museo Arqueológico de Elche*



FIGURA 13. *Togado iberorromano del Cerro de los Santos (Montealegre), MAN*



De ahí que tanto desde el punto de vista de la arquitectura (fig. 14) como de la escultura, se impongan apreciaciones particulares, especificidades, que, en definitiva, están llevando al reconocimiento del arte ibérico en el mosaico del Mediterráneo y a su intelección en el marco de la arqueología ibérica, de su sociedad y de sus relatos míticos (Molinos y otros, 1998). También en este aspecto hoy están cambiando las posturas para interrogar al pasado.

FIGURA 14. Acceso con torres poligonales inspiradas en la poliorcética griega del poblado del Castellet de Banyoles de Tivissa (Tarragona) Hacia el s. III a.C.  
Foto C. Garrido



### Notas

<sup>1</sup> Esta apreciación choca contra una de las bases de la singularidad ibérica, expresada, por ejemplo, en el siguiente párrafo: «Amb un coneixement bé que superficial els geògrafs i historiadors antics consideraven els pobles de Catalunya, del llevant i del sud-est de la Península com una unitat. No era perquè els identifiquessin com uns pobles del mateix nivell tots, ni que tinguessin la mateixa cultura material o religiosa o les mateixes creences. Era perquè es tractava de pobles que parlaven tots la mateixa llengua, la ibèrica». Joan Maluquer de Motes, *Arquitectura i urbanisme ibèrics a Catalunya*, Barcelona, 1986.

<sup>2</sup> Hablando del lobo en la iconografía ibérica y de los ritos de iniciación, M. Almagro-Gorbea concluye con las siguientes frases: ...«tales ritos ofrecen una profunda

relación con el mundo indoeuropeo, lo que plantea una fuerte y antigua indoeuropeización cultural del mundo céltico peninsular, lo que supone nuevas perspectivas para conocer los más profundos componentes de la cultura ibérica y precisar mejor los complejos procesos de etnogénesis de la Península Ibérica». En ellas el contenido de los términos y su adscripción temporal y, no digamos, cultural, quedan sujetas a una lectura en la que el lobo es el *fósil conductor*, por encima de la comprensión de la cultura como sistema.

### Bibliografía

- AADV, (1995): *Ethno-archéologie méditerranéenne*, Casa de Velázquez 54, Madrid.
- ALMAGRO, M. (1958): *Origen y formación del pueblo hispano*, Barcelona.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1983); Pozo Moro, el monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica, *MM* 24 229-287.
- (1992): Contatti e influenze artistiche: L'Iberia, *La Magna Grecia e il lontano Occidente* (Tarento, 1990), 329-356.
- (1997): Lobo y ritos de iniciación en Iberia, R. Olmos y J.A. Santos eds., *Iconografía ibérica, iconografía itálica. Propuestas de interpretación y lectura*, Varia 3, Madrid, 103-127.
- AMOURETTI, M.C. ed., (1995): *La transmission des connaissances techniques*, Cahier d'Histoire des Techniques 3, Aix-en-Provence.
- ANFRUNS, J., DUEÑAS, J.A. y LLOBET, E. (1988): *Corrents teòrics en Arqueologia*. Columna. Barcelona.
- ARANEGUI GASCÓ, C. ed., (1998): *Los Iberos. Príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Actas del Congreso internacional, Fundación «la Caixa», Barcelona.
- ARRIBAS, A. (1965): *Los Iberos*, Aymà, Barcelona.
- BALLESTER, I., FLETCHER, D., PLA, E. y ALCÁCER, J. (1954): *La cerámica del Cerro de San Miguel de Liria (Valencia)*, *Corpus Vasorum Hispanorum* II, CSIC y Diputación Provincial de Valencia, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup> (1997): Astarté, señora de los caballos en la Hispania prerromana, *RSF* XXV, 1, 79-95.
- BLÁZQUEZ, J. M.<sup>a</sup> y GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1985): The Phokaian sculpture of Obulco in southern Spain. Jaén, *AJA* 89, 61-69.
- BINFORD, L.R. (1988): *En busca del pasado*. Crítica, Barcelona.
- BERNABEU, J., BONET, H., MATA, C. (1987): Hipótesis sobre la organización del territorio en época ibérica plena: el ejemplo del territorio de Edeta/Llíria, *I Jornadas sobre el mundo ibérico*. Jaén, 137-156.
- BOSCH GIMPERA, P. (1915): *El problema de la cerámica ibérica*, Madrid.
- (1932): *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- (1937): *España*, Universitat de València.
- BRAUDEL, F. (1966): *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*, Tecnos, Madrid.
- (1977): *La Méditerranée. Espace et Histoire*, Arts et Métiers Graphiques, París.
- BRUN, P. y CHAUME, B. eds. (1997): *Vix et les éphémères principautés celtiques*. Errance, París.

- BURILLO, F. (secr.) (1984): *Arqueología espacial 1. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos*. Colegio Universitario, Teruel.
- CABRÉ, J. (1924): La rueda en la Península Ibérica. Papeletas para su estudio desde época prehistórica hasta los tiempos de Augusto, *AMSEAEP* III, 71-96.
- (1934): Dos tipos genéricos de falcata hispánica, *AEspA*, X 207.
- (1944): *La cerámica de Azaila, Corpus Vasorum Hispanorum* I, CSIC, Madrid.
- CARANDINI, A. (1981): *Storie della terra*. De Donato, Bari.
- CARPENTER, R. (1925): *The Greeks in Spain*, Bryn Mawr Notes & Monographs VI, Pennsylvania.
- CERRILLO, E. (1988): *La Nueva Arqueología 20 años después*. Universidad de Extremadura, Cáceres.
- CLARKE, D.L. (1988): *Arqueología analítica*, Bellaterra, Barcelona.
- CORTADELLA, J. (1988): M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España, *Studia Historica* IV, Hom. al Prof. Dr. Vigil II, 17-25.
- CROISSANT, F. (1996): Compte rendu: C. Rolley, *La sculpture grecque, I. Des origines au milieu du Ve siècle*, en *TOPIOI Orient-Occident* VI, 384-385.
- CROISSANT, F. y ROUILLARD, P. (1996): Le problème de l'art «gréco-ibère»: état de la question, R. Olmos y P. Rouillard eds., *Formes archaïques et arts ibériques*, Madrid, 55-65.
- CHAPA, T. (1985): *La escultura ibérica zoomorfa*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- CHARTIER, R. (1994): *L'Histoire aujourd'hui: doutes, défis, propositions*. Eutopías 42, Valencia.
- FINLEY, M.I. (1973): *Ancient History. Evidence and Models*. Chatto & Windus Ltd., Londres.
- FLETCHER, D. (1951): ¿Existieron los Iberos?, *VI Congreso de Arqueología de Sudeste* (Alcoy, 1950), 119.
- (1952- 1953): Sobre el origen y cronología de los vasos ibéricos de borde dentado, *Saitabi* IX, 1-10.
- (1953): *Repertorio de inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia*. Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valencianas 2, Valencia.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1943): De escultura ibérica. Algunos problemas de arte y cronología, *AEspA*, 272-299.
- GODELIER, M. (1984): *L'idéal et le matériel*. Fayard, París (trad. Taururs, Madrid, 1989).
- GÓMEZ MORENO, M. (1925): Sobre los iberos y su lengua, *Homenaje a Menéndez Pidal III*. Madrid, 475-499.
- HIGGS, E.S. (ed.) (1972): *Papers in economic Prehistory*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HODDER, I. (1988): *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Crítica, Barcelona.
- HOZ, J de (1993): Areas lingüísticas y lenguas vehiculares en el extremo Mediterráneo occidental, *L'Italia e il Mediterraneo antico (Atti della Società Italiana di Glottologia)*. Pisa, 11-44.
- JULIAN, C. (1903): La thalassocratie phocéenne. A propos du buste d'Elche, *BH* V, 2, 101-111.
- KUKHAN, E. (1962): Los símbolos de la gran diosa en la pintura de los vasos ibéricos levantinos, *Caesaraugusta* 19-20, 79-85.
- LANGLOTZ, (1975): *Studien zur nordostgriechischen Kunst*. Maguncia.

- LENERZ DE WILDE, M. (1986): Art celtique et armes ibériques, *Revue Aquitania*, suppl. 1, 273- 80.
- LEÓN, P. (1997): La escultura, *Los Iberos, príncipes de Occidente*. Barcelóna, 156-169.
- LLOBREGAT, E.A. (1972): *La Contestania ibérica* Inst. de Est. Alicantinos, Alicante.
- MALUQUER, J. (19653): Prólogo de A. Arribas, cit.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1941): *Esquema paleontológico de la Península Ibérica*. Corona de Estudios de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria. Madrid.
- MENÉNDEZ PIDAL, M. (1952-1954): Introducción al vol. I, 1 de su *Historia de España*. Espasa Calpe, Madrid, LXVIII.
- MOLINOS, M. y otros (1998): *El santuario heroico del Pajarillo (Huelma)*, Jaén.
- NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)*. Ministerio de Cultura, Madrid.
- NIETO, G. (1939 a 1948): La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia), *BSAA*, 6, 9, 10.
- PARIS, P. (1903-1904): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*, París.
- PICARD, Ch. (1923): *La sculpture antique des origines a Phidias*, París, 224-229.
- PICAZO, M. (1998): Pre-actas del coloquio internacional *Els productes alimentaris d'origen vegetal a l'edat del ferro de l'Europa occidental: de la producció al consum*, Girona, 21-24 de mayo.
- PLA, E. (1969): El instrumental metálico de los obreros ibéricos valencianos, *X CNA*, 306-337.
- PLEKET, H.W. (1973): Technology in the Graeco-Roman world, *Talanta* 5, 6-47.
- RADA, J. de D. de la (1875): *Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre*, discurso leído ante la R.A. de la Historia, Madrid.
- REINACH, Th. (1898): La tête d'Elche au Musée du Louvre, *REG XI*, 39-60.
- RENFREW, C. (1990): *Arqueología y lenguaje. La cuestión de los orígenes indoeuropeos*. Crítica, Barcelona.
- RIQUER, B. de (1994): Jaume Vicens i Vives: renovación metodológica y responsabilidad social, *Revista de Occidente* 152, 141-155.
- ROLLEY, C. (1994): *La sculpture grecque, I. Des origines au milieu du Ve siècle*. Ed. Picard, París, 267 y 407.
- ROUILLARD, P. (1997): Una Dama en París, R. Olmos y T. Tortosa eds., *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*. Lynx, Madrid, 93-99.
- RUIZ, A. (1988): Reflexiones sobre algunos conceptos de la arqueología espacial a partir de una experiencia: iberos en el Alto Guadalquivir, *Arqueología Espacial* 12, 157-182.
- RUIZ, A., CHAPA, T., RUIZ, G. (1988) La arqueología contextual. Una revisión crítica. *TP* 45. 11-17.
- RUIZ, A., RÍSQUEZ, C. y HORNOS, F. (1992): Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía en J. Blánquez y V. Antona, eds, *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*, Varia 1, Madrid, 396-430.
- SANTOS, J.A. (1986): Vivienda y reparto desigual de la riqueza en La Bastida de les Alcuses (Valencia), *Arqueología Espacial* 9, 339-348.
- SCHULTEN, A. (1959): *Geografía y Etnografía de la Península Ibérica*. Madrid.

- TARRADELL, M. dir. (1968): *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Vicens Vives, Barcelona, y *Comunicaciones a la reunión de Economía Antigua de la Península Ibérica*, en *PLAV* 5.
- (1968 b): *Arte Ibérico*. Polígrafa, Barcelona.
- (1982): en M. Tuñón de Lara dir., *Historia de España*, I. Labor, Barcelona.
- TOVAR, A. (1961): *The ancient languages of Spain and Portugal*. Nueva York.
- TRILLMICH, W. (1975): Ein Kopffragment aus Verdolay bei Murcia. Zur Problematik der Datierung iberischer Grossplastik aufgrund griechischer Vorbilder, *MM* 16, 208-245.
- VICENT, J.M. (1990): El debat postprocesual: algunes observacions 'radicals' sobre una arqueologia 'conservadora', *CotaZero* 6, 102- 107.